



La cuestión bereber en Argelia y Marruecos

Ángel Pérez*

Tema: El día 5 de agosto los amaciges celebraron en Nador un nuevo Congreso Mundial, lo que pone de relieve el hecho de que la cuestión bereber está abandonando la periferia para acercarse al centro de la vida política en Argelia y Marruecos. Se trata de un fenómeno que, gestionado de forma diferente en los Estados afectados, podría acentuar la conflictividad regional y condicionar en el futuro las relaciones de España con las dos naciones magrebíes

Resumen: Desde 1980 se ha desarrollado un nutrido grupo de organizaciones y asociaciones que aspiran a ver reconocidos aspectos particulares de la tradición bereber todavía presente en Argelia y Marruecos. Primero en Argelia con virulencia, más tarde en Marruecos y, quizá, en un futuro en España, la formación de una identidad con trascendencia política parece un fenómeno cierto e imparable. Este fenómeno afecta de forma notable a la región de Kabília en Argelia y al Rif en Marruecos, y ha generado una creciente desconfianza tanto en los Estados como en las corrientes políticas panarabistas y fundamentalistas. Por el contrario, ha contribuido en Melilla a reforzar la identidad e impermeabilidad de la comunidad bereber local a las presiones ejercidas por Marruecos. Un nuevo factor que afecta directamente a la estabilidad regional y a las relaciones hispano-magrebíes

Análisis: Se trata de un fenómeno que pasa con frecuencia desapercibido en los análisis políticos sobre el Norte de África y las proyecciones sobre su futuro a corto y medio plazo. Sin embargo, la existencia de una amplia constelación de asociaciones y partidos que reclaman para sí la defensa de la identidad bereber constituye un factor de trascendencia no desdeñable en el panorama político regional. Con niveles de desarrollo e intensidades reivindicatorias variadas, que van del mero sabor folclórico a la reclamación de autonomía política, el movimiento bereber, cuya bandera identitaria más evidente es la lengua, el *tamacight* o amacige en español, constituye hoy un fenómeno político que está siendo capaz de aglutinar la antipatía de los Estados magrebíes, de los panarabistas y de los fundamentalistas. Generando paralelamente otro fenómeno interesante, a saber, la identificación de las reivindicación bereber con las aspiraciones de reforma política y las ideas sociales más vanguardistas y prooccidentales. Tanto en Marruecos como en Argelia la gestión de la cuestión bereber comienza a ser parte rutinaria de la labor de gobierno. Y en España podría adquirir relevancia en el futuro como consecuencia de la presencia en la Ciudad Autónoma de Melilla de una nutrida comunidad amacige.

No es casualidad que la intensificación de las reclamaciones bereberes se produjese en Argelia a partir de 1980 y de forma paralela a la aparición de fuertes grupos islamistas. 1980 ha pasado a formar parte de la mitología de este amplio movimiento. En abril de

* Firma

ese año se produce lo que luego se ha denominado la primavera bereber, inicio de un largo proceso de tensiones que llevó a los gobiernos de Argelia y Marruecos a reconocer la existencia de esta población en 1994, si bien ese reconocimiento no ha tenido traducción constitucional posterior. De hecho, se ha intentado dar satisfacción formal a las reclamaciones culturales: en Marruecos, Hassan II llegó a hablar del “carácter bereber de la sociedad” en agosto de 1994, limitando al mismo tiempo la trascendencia práctica de esas concesiones. A estos efectos es ilustrativa la ley sobre la generalización del árabe aprobada en Argelia en 1998 que somete la vida pública de empresas e instituciones al uso de esa lengua, en detrimento del francés y el amacige.

Los inicios

El término bereber adquirió por primera vez trascendencia política en mayo de 1930, fecha de la aprobación por las autoridades coloniales francesas en Marruecos del *dahir bereber*. Este documento, firmado por el Sultán Ben Yusef, sometía a las poblaciones bereberes del Alto Atlas a su propia jurisdicción, limitando por tanto la aplicación de la ley coránica general. Esta fue, al menos, la percepción del nacionalismo marroquí. En realidad el *dahir* no aspiraba a tanto, reduciendo su aplicación a las tribus bereberes desprovistas de tribunales (*mahkamas*) para la aplicación de la ley islámica. Además gran parte del derecho consuetudinario bereber protegido por el *dahir* versaba sobre cuestiones ajenas a la *sharia*, tales como derechos de riego o indemnizaciones intratribales. El propio término *dahir bereber* es una invención nacionalista, pues en el texto colonial original no se utiliza en ningún momento. A pesar de ello, la aplicación de esta norma constituyó un revulsivo que acabó por alimentar el incipiente nacionalismo marroquí que vertebró su discurso en torno a la defensa del carácter islámico y árabe de Marruecos. La pésima imagen que el *dahir bereber* ostenta en la historiografía norteafricana se debe así a que simbolizó, para los nacionalistas, la supuesta pretensión extranjera de subvertir el orden político-religioso tradicional de la zona. Ese es el origen igualmente de la desconfianza que los Estados norteafricanos han mostrado siempre ante cualquier especificidad bereber y de la escasa simpatía que le han demostrado los fundamentalismos de diversa índole asentados en la región desde los años ochenta. En Argelia la cuestión bereber adquiere relevancia pocos años más tarde, en 1949, de nuevo en un entorno de nacionalismo intenso. Ese año, ante la postura del Partido del Pueblo Argelino, dirigido por Messali Hadj, quien definía Argelia como un Estado árabe, un grupo de militantes bereberes elabora una moción en la que se insiste en rechazar esa definición. La reacción del nacionalismo argelino fue contundente, poniendo en marcha purgas sistemáticas que alcanzaron su punto álgido con el asesinato de Ramdane Abbane, ideólogo, paradójicamente, de la revolución argelina, hombre de convicciones laicas y defensor de un nacionalismo moderado capaz de convivir con la población europea instalada en Argelia. La desconfianza hacia la Kabilia será a partir de entonces – los militantes bereberes eran injuriados como “hijos de los Padres Blancos”– una constante en la política del movimiento independentista que en 1963, tras la separación de Francia, envía al ejército argelino a la región para acabar con la sublevación bereber. Esta se había vertebrado en torno al FFS (Frente de Fuerzas Socialistas) como reacción contra el texto constitucional auspiciado por Ben Bella, donde Argelia se proclama Estado árabe y que legitima la dictadura del FLN. Por tanto, la consolidación del movimiento bereber en los años sesenta es la consecuencia directa del triunfo del nacionalismo arabizante oficial, y contó entre sus defensores a intelectuales con frecuencia francófonos como Mulud Mammeri o Taos Amrouche, poetisa esta última cristiana y de origen tunecino, y antiguos oficiales del Ejército de Liberación Nacional, como Mohand Bessaoud, fundador de la Academia Bereber (AB), opuesta al régimen de Ben Bella y de ideología ya claramente nacionalista. Este movimiento asociativo más o menos subterráneo sale a la luz el 16 de abril de 1980, cuando Tizi Ouzu, la capital de la Kabilia, celebra una huelga total en defensa de la cultura amacige. A pesar de la represión sin concesiones por parte del régimen, lo cierto es que desde ese momento el bereberismo es un movimiento popular, que adquiere trascendencia política a partir de 1990, cuando Argelia inicia su

particular transición a la democracia. Dos partidos incorporan el reconocimiento del amacige como lengua nacional y oficial, el FFS de Ait Ahmed (Frente de Fuerzas Socialistas) y el RCD de Said Sadi (Unión por la Cultura y Democracia). En 1995 el gobierno argelino creó un Alto Comisariado para la cuestión amacige, cuyas realizaciones prácticas han sido reducidas y no fue capaz de evitar la insurrección Kabilia de abril de 2001, la denominada primavera negra, en un marco irredentista agravado por las consecuencias del enfrentamiento con las fuerzas de seguridad argelinas: 120 muertos y 7.000 heridos. El distanciamiento entre esta región y el resto de Argelia ha crecido de forma constante, como demuestran la multiplicación pública de conmemoraciones reivindicativas, la simbología en la calle o el comportamiento electoral. Ya en 1999, en las elecciones presidenciales, el absentismo alcanzó la cifra del 90%. Y tanto el FFS como el RCD optaron en 2002 por no participar en las elecciones legislativas, al tiempo que estructuras de origen tribal, los *arcos*, acentuaban su importancia a la hora de organizar las reivindicaciones bereberes, entre ellas la autonomía política, abiertamente defendida por el MAK (Movimiento por la Autonomía de la Kabilia), escisión de la RDC.

Marruecos

Aunque hasta los años ochenta las reclamaciones bereberes en Marruecos eran algo excepcional, ese país contaba ya con una estructura asociativa organizada así como con un acontecimiento histórico de trascendencia notable tanto en la escasa mitología política del movimiento amacige como en el relato de la oposición al poder central marroquí. Se trata de la guerra del Rif y la creación por Abd el-Krim de un efímero Estado independiente con capital en Axdir. Aquella experiencia ha sido objeto de interpretaciones diversas. La más extendida es la que incorpora al personaje y la guerra contra España al largo listado de hitos anticoloniales del siglo XX. Pero lo cierto es que el recuerdo de aquella experiencia y parte de su simbología son hoy patrimonio de todos los grupos de protesta y reivindicación cultural rifeños. No fue casual que, aparte de la "Asociación marroquí de Investigación e Intercambio cultural", creada en Rabat en 1969, la primera asociación local amacige se fundara en Nador en 1977, donde se ha celebrado, por lo demás, la reunión del CMA (Congreso Mundial Amacige) en agosto de 2005. Desde 1977 la creación de nuevas asociaciones se sucederá con cuentagotas hasta el despegue definitivo de esta tendencia en 1990, cuando aparecen grupos organizados en Gulmina, Alhucemas, Nador, Tánger, Ait-Mellul o Mekinez. La más conocida internacionalmente fue la asociación *Tilli* (libertad, en lengua amacige) algunos de cuyos miembros fueron detenidos por izar en 1992 banderas con caracteres amaciges y reclamar públicamente el reconocimiento oficial de la lengua. Siete de ellos fueron enjuiciados y encarcelados, siendo amnistiados en julio de 1994. Con motivo de aquel incidente, sin embargo, se produjo la primera reacción oficial a las reclamaciones bereberes, a saber, el inicio de cortas emisiones en lengua amacige en la televisión pública marroquí. Paralelamente se dio publicidad en 1991 a uno de los documentos emblemáticos del movimiento en Marruecos, la Carta de Agadir sobre la lengua y cultura amaciges, cuyo contenido esencial, siguiendo la estela argelina, era el rechazo de la identidad arabo-islámica como la única propia del pueblo marroquí. La carta sistematizó por primera vez las reclamaciones culturales bereberes en Marruecos: la lengua amacige como lengua nacional, su introducción en la enseñanza, su utilización en medios de comunicación y la creación de un instituto de estudios amaciges. Reclamación esta última ejecutada por la monarquía alauita en octubre de 2001 con la creación del IRCAM (Instituto Real de la Cultura Amacige). En 1994 se creó un centro nacional de coordinación (CNC) que en 1997 pretendió, sin conseguirlo, crear un partido político. Las reclamaciones bereberes han tenido en Marruecos, sin embargo, una proyección popular mucho más reducida que en Kabilia. La región que se perfila por razones históricas y geográficas como la Kabilia marroquí es el Rif, donde las reivindicaciones culturales se mezclan con frecuencia con las de carácter social, la última en 2005 en la localidad de Tamassint (marcha de la rabia) o la recuperación de figuras históricas, en particular la de Abd el-Krim.

El hecho cierto es que la cuestión bereber comienza a ocupar tiempo y esfuerzo a las autoridades marroquíes, además de generar una creciente desconfianza, acrecentada en 2004 por la publicación del informe que el Congreso Mundial Amacige (CMA), celebrado en París en octubre de ese año, emitió tras el cierre de sus sesiones. El documento en cuestión cuenta con una introducción histórica discutible, llamada a fundamentar el movimiento reivindicativo al que sirve; y critica duramente la situación de los amaciges en Marruecos, a quienes considera víctimas de una política de sistemática discriminación ejecutada por un Estado fundado sobre “el dogma del arabo-islamismo”. La población amacige carece, de acuerdo con sus conclusiones, de derechos lingüísticos o culturales, así como de reconocimiento constitucional. Condena los límites impuestos a la expresión cultural amacige, la manipulación de hechos históricos o la arabización de la toponimia. Finalmente, haciendo mención de la legislación internacional sobre protección de derechos civiles y políticos enumera actos de efectiva represión por el régimen de Mohamed VI durante los años 2003 y 2004. Más allá del contenido de este documento, lo cierto es que algunos incidentes muestran la creciente tensión que la cuestión amacige genera en el reino alauí, siendo especialmente frecuentes los enfrentamientos entre amaciges y panarabistas en la universidad. Las peticiones del CMA, en definitiva, se resumían en el reconocimiento oficial de la lengua amacige, la enseñanza obligatoria de esa lengua y la estandarización de sus características gramaticales; la creación de una cadena de televisión pública en lengua amacige, la restitución de tierras antiguamente comunales y el respeto efectivo de los derechos y libertades admitidos como tales en el derecho internacional. La preparación de la próxima reunión del Congreso Muncial Amacige en 2005 dio pie a una nueva polémica, suscitada en la prensa marroquí cuando Belkacem Lounes, presidente del CMA, calificó a Ceuta y Melilla de ciudades españolas y europeas en cuyos asuntos internos no intervendría, algo que le granjeó la antipatía de los medios de comunicación marroquíes quienes recordaron, de paso, que en esas ciudades autónomas se había reclamado la cooficialidad del amacige y el árabe.

España

El CMA no siempre ha sido tan considerado con los intereses españoles. En 1997, la organización celebró su primer congreso en Canarias. La mitología amacige, si bien en formación, ha establecido ya los límites de su espacio geográfico histórico, *Tamazga*, que incluiría el archipiélago español. Y la idea, aceptada por el exiguo independentismo canario, justificó una reunión en las islas y la aprobación de una resolución favorable a la autodeterminación de aquellas. Entre aquel hecho y las declaraciones del presidente del CMA excluyendo a Ceuta y Melilla de su espacio de acción median varios años y una redefinición de objetivos. Sin embargo, debe entenderse el movimiento de reivindicación bereber como un fenómeno que trasciende la existencia de una o más organizaciones, y al que se adhieren o no grupos locales que son los que de forma efectiva trasladan las reclamaciones culturales a la sociedad. El independentismo canario carece de la influencia necesaria para consolidar el mito bereber como base de la cultura prehispánica de las islas. En Francia se ha puesto en marcha un comité que aspira a adquirir, para la lengua bereber, el carácter de lengua francesa. Y en España la configuración de una identidad amacige sí ha tenido trascendencia, hasta ahora cultural y no política, en Melilla, donde el 38% de las familias son bereberes. La población bereber de Melilla tiene su origen en el proceso de legalización que se desarrolló entre 1985 y 1987. Se trata de una población originalmente inmigrante, asentada en la ciudad normalmente de forma irregular entre 1960 y 1986 y que ha accedido de forma general a la nacionalidad española. Son de ascendencia rifeña y la mayoría guelai, es decir, de la comarca de Guelaya, que se extiende por la cábilas tradicionales que circundan la ciudad española. La consolidación de una población bereber, española y activa políticamente constituye el hecho más relevante de la reciente historia de Melilla, afectando ya en 1995 al propio estatuto de autonomía, en cuyo artículo 5.2 se establece el “respeto de la pluralidad cultural y lingüística de la población melillense”. Un año antes, en 1994, la Comisión

Islámica de Melilla reclamó, como hizo en 2005, la normalización del uso de la lengua amacige como paso previo a su cooficialidad; y ese mismo año el extinto Partido Hispano Bereber (PIHB) se manifestó en contra del estatuto por el no reconocimiento de la lengua bereber. Aunque algunas asociaciones culturales han secundado estas peticiones, y el ejemplo de otras regiones españolas con lenguas cooficiales no ha pasado desapercibido, hasta ahora la reclamación no ha tenido mayor trascendencia política, como parece demostrar el proyecto de nuevo estatuto de autonomía presentado por Coalición por Melilla (CpM), partido que aglutina a una parte importante del voto local bereber, que no presta una atención especial a la cuestión. Pero podría tenerla en el futuro. Aunque la lengua amacige carece en Melilla de reconocimiento oficial alguno, el interés por ella no ha dejado de crecer. Ya en 1988 se puso en marcha en algunos centros escolares un programa de educación compensatoria con profesores bilingües. Y en 1994 se iniciaron las emisiones en lengua amacige en la televisión local. La continuidad lingüística amacige se constata en las provincias marroquíes cercanas a la ciudad española, Nador y Alhucemas. Y este hecho plantea la cuestión de cómo influiría en la región vecina, amplio triángulo que media entre Alhucemas, Taza y Uxda, el desarrollo de una conciencia cultural y lingüística acentuada.

Conclusión: Ya no es posible analizar las dinámicas políticas en Argelia y Marruecos sin hacer referencia a la cuestión bereber. Lentamente, siguiendo a menudo patrones preestablecidos en otras regiones del mundo, lo que comenzó como una reclamación de contenido cultural se ha ido transformando en una constelación más o menos coordinada de grupos con pretensiones políticas. Algunos de ellos se han convertido en verdaderas organizaciones de carácter nacionalista y a menudo aspiran a reconfigurar la historia y la realidad social de sus respectivos Estados. Argelia alberga la región bereber más politizada, la Kabilia, de donde partieron en la década de los ochenta las primeras señales de recuperación, o invención, de la identidad bereber. La política argelina está intensamente condicionada por el factor Kabilia, algo que todavía no sucede en Marruecos. Como en Argelia, los bereberes marroquíes que se esfuerzan por ejercer de tales han demostrado una notable capacidad para asumir ideas y actitudes contrarias al régimen. La respuesta de éste ha sido una elevada desconfianza, reforzada si cabe por las particulares características de algunas regiones bereberes, en especial el Rif Central y Oriental. España, por último, alberga en Melilla una comunidad amacige no muy grande, pero bien organizada. Su influencia en la vida política local es elevada, y lo será más en el futuro. La posibilidad de que la lengua bereber acabe por alcanzar algún grado de reconocimiento oficial tendría consecuencias inmediatas en Marruecos y Argelia. Si eso sucediese a corto plazo, España sería la primera nación de la región en dar un trato específico práctico a esa población y su tradición cultural. Una identidad, por lo demás, que en Melilla ha contribuido, sin duda, a reforzar la autonomía de una comunidad amacige sometida a presiones constantes por parte de las autoridades marroquíes.

Frente a la coordinación creciente de las diferentes organizaciones que aspiran en los países afectados a la defensa de la identidad bereber, los Estados desarrollan políticas independientes. Mientras el CMA reacciona por igual ante cualquier presión juzgada antibereber se produzca donde se produzca –por tanto garantizando la repercusión internacional de cualquier acto en principio de política interna–, las decisiones de las administraciones marroquí y argelina, francesa o española no tienen continuidad transnacional, aumentando el potencial desestabilizador en los Estados vecinos. Esta situación que tenderá a empeorar a medida que las divergencias en la calidad democrática de los respectivos sistemas políticos se acentúe –fenómeno evidente en el caso de Melilla, único territorio democrático, además de Ceuta, del entorno– o la tensión diplomática generada por problemas fronterizos o el conflicto del Sahara crezca.

Ángel Pérez González
Analista de política internacional